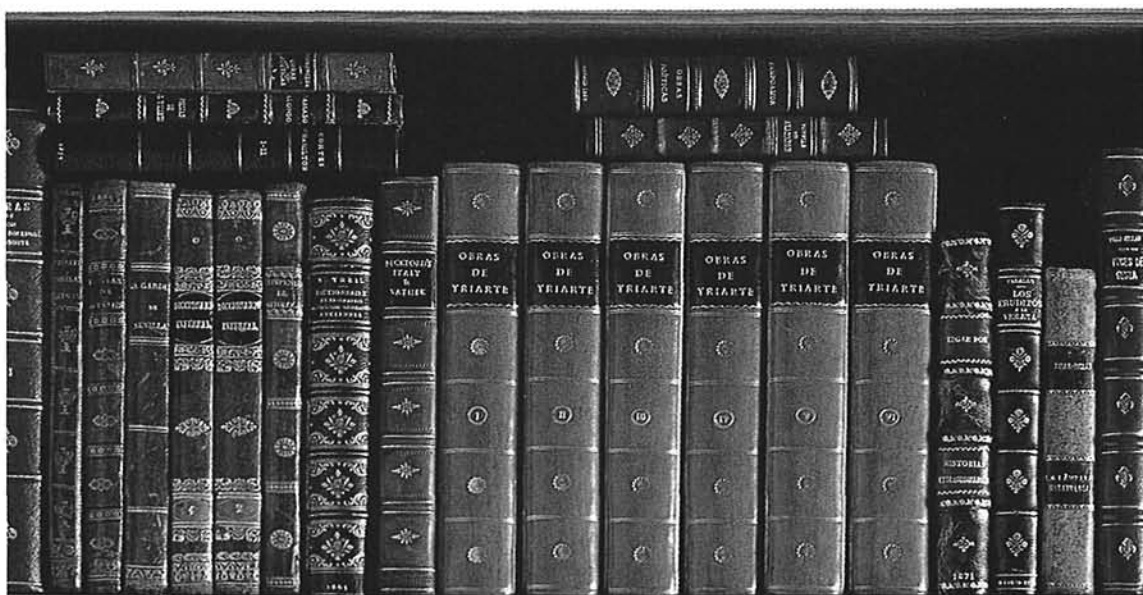


# BIBLIOTECA



## Poeta dibujando un círculo\*

«De pequeño, dejando de lado los juguetes habituales, reunía los pocos elementos que tenía a mi alcance –agua de colonia, azufre, sulfumán, fuego, etc.– para hacer con ellos las más disparatadas mezclas y ver qué pasaba, con la esperanza de llegar a no sé que clase de descubrimiento...», recuerda Josep Palau i Fabre (Barcelona, 1917) en las anotaciones incluidas en *Poemas del alquimista*, recopilación de su obra poética ahora presentada en edición bilingüe. Tomando como punto de partida una edición clandestina de 1952 en París, *Poemes de l'Alquimista*, aunque de forma mutilada por la censura, se publica por primera vez en España en 1972. Una nueva edición de 1976 añade los fragmentos suprimidos y ahora, por primera vez, Palau y Fabre vierte el original al castellano tras un proceso de reescritura simultáneo a la traducción: «Para decir en castellano lo que yo sé que digo en mi original catalán, a veces necesitaba recurrir a una aparente infidelidad y contra razón razonante, mi intuición tenía, muy a menudo, la última palabra, la decisión final. Se trata-

ba, sin duda, de traducir la poesía de mis poemas». *Poemas del alquimista* recopila los libros *El aprendiz de poeta*, *El enajenado*, *Cáncer*, *Fragmentos del laberinto* y *Callejón sin salida*, escritos entre 1936 y 1950 y apenas aireado alguno de ellos en ediciones cortas de muy baja distribución.

Palau i Fabre concibe la poesía del mismo modo que en la Edad Media concebían los metales, es decir, no como una finalidad en sí misma sino como un medio de exploración y experimentación: «Experimentar, compulsar, hacer combinaciones insólitas con los materiales que la vida ponía a mi disposición, combinar las más inesperadas fórmulas expresivas con los materiales humanos más diversos, desde los más elevados a los más repulsivos». Desde el eco vanguardista en sus primeros libros de un cierto neopopularismo tal como lo conciben Alberti y Lorca, hasta la indagación metafísica de marcado aire orientalista en los últimos, la poesía de Palau i Fabre presenta un carácter demiúrgico y de iniciación que le emparenta con la tradición romántica. Cercano a los postulados de Antonio Gamoneda, cuya trayectoria guarda bastantes puntos en común con la del autor catalán, defiende un vínculo vivo entre la existencia y la poesía que alejan a ésta de la literatura. Será la poesía una región donde plasmar las experiencias de indagación en la frag-

\* *Poemas del alquimista*, Josep Palau i Fabre. Edición bilingüe del autor. Prefacio de Juan Goytisolo. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, 415 pp.

mentación del yo, el ámbito de creación de una alquimia de su propia persona: «Los materiales que yo transportaba desde mi ficción –la vida– a mi realidad –la poesía– resultaban tan transfigurados cuando llegaban a término que apenas los reconocía». Rimbaud y Picasso, a quien ha dedicado gran parte de su obra ensayística, serán los modelos que encarnen esa búsqueda de conocimiento en la exploración de una identidad concebida como pluralidad. «El hombre es un animal que se busca» es la divisa que aparece tras el título del libro, asumiendo que la identidad humana es desde su misma esencia diversa, múltiple.

Entendiendo la modernidad como una mezcla de clasicismo y aventura, Palau i Fabre abandona la zona agotada de los dialectos poéticos en busca de un ámbito nuevo, singularizado. De acuerdo con Giordano Bruno al postular el cometido del verdadero poeta, genera su propia teoría poética al no caber en otras vecinas. Capta en la experiencia personal de su escritura la materia viva de la tradición, imita modelos creando lengua propia. Entendiendo que no hay conocimiento sin apropiación, para Palau i Fabre el espíritu es mimético porque toda la naturaleza es mimética. De ahí que la comprensión más profunda no sea racional sino afectiva, quizá orgánica. Ése es su concepto de imitación cuando se acerca a

Rimbaud en «La aventura», a Baudelaire en «El extranjero», a Carles Riba en «El cordón umbilical», a Rosselló-Pòrcel o al *tanka* japonés, cuya concentración musical y conceptual ensaya en «Los grandes poemas del emperador Iang-Po-Tzu». Será precisamente la palabra tratada como materia plástica una de las cualidades permanentes de la poesía de Palau i Fabre, traductor de Lao-Tse. Abogando por un retorno a las culturas orientales como concepción vital que nos puede convenir más que la actual, Palau i Fabre se muestra menos identificado con su propia civilización que con la práctica de la vida interior y la contemplación. Poemas como «Piedra» siguen el método oriental para la fijación de un objeto a través de la contemplación, entendida ésta como el más alto grado de elevación y de olvido de uno mismo: «Dura como agua dura. / Raíz es de sí misma. / En éxtasis perenne / la piedra perpetúa / la piedra, imagen pura, / y la idea de piedra / se nos torna madura».

El amor, el erotismo, la pintura, la reflexión sobre el lenguaje poético, la identidad y el diálogo intertextual con otros poetas son los puntos de interés de este «alquimista del verbo» cuyo poder de transmutación consiste en transformar el lenguaje por medio de la musicalidad de la palabra. Palau i Fabre utiliza estrofas clásicas como el soneto, ensayando diversos tipos en